



1. No es para tanto

DESDE los altares de la crítica especializada y también en las calles de nuestra opinión pública, tan domesticada ella, resulta que la oscarizada *American Beauty* es uno de esos filmes rompedores de la tranquilidad de la vida norteamericana y de sus leyes más puritanas. El joven y casi desconocido Sam Mendes surge en el universo sociológico yanqui, decimos, con el fulgor del rebelde inquietante, que mete las zarpas cinematográficas en el aparente bienestar de matrimonios, de profesiones, de hijos, de ideales, de fidelidades, de esperanzas, de, en fin, autodestrucciones. Es un filme catártico, de los que te hunden en la miseria, pero más tarde te elevan hasta el lamento por los demás y, tal vez, la gratitud por lo propio: hay que ver cómo están los norteamericanos... Y acto seguido, nos tomamos una caña para despejarnos.

American Beauty no es para tanto, ni mucho menos. Puede que resulte impactante mediante su formalidad cromática, su diseño estructural de los espacios, la interpretación de sus actores y actrices, la mezcla de historias rotas una tras de otra, el montaje tan inteligente, y en fin, ese viaje hacia la muerte con que nos sorprende el protagonista. ¿Quién estará dispuesto a reflexionar seriamente sobre la institución matrimonial y familiar tras la visión de *American Beauty*? Nadie de nadie. Porque la obra de Mendes es materialmente inquietante pero interiormente de una elegancia que elimina todo punto de agresión auténtica al espectador. Se la contempla, se la comenta, se la critica, y nada más. Nuestra sociedad está perfectamente preparada para digerir cualquier producto que contenga la suficiente «preciosidad» como para no alterarnos biológicamente nuestro sistema de vida: si un producto no nos agrade dolorosamente, quitándonos la paz, lo encajamos con tremenda facilidad. Y además, nos permite esconder nuestra falta de autocritica con el fantasma de «qué película tan dura, tan agresiva...».

Dura de verdad es *Las normas de la casa de la sidra* o *La milla verde*, por no volver a insistir en el filme prototípico de Almodóvar. Cuando asistimos

a la conversión del aborto en un acto de caridad fraterna o a la constatación de que los malos necesariamente son malos o al hecho de que despreciamos lo que contiene tanta ternura, entonces sí que debiéramos removernos en la butaca. Pero esta historia camaleónica y edulcorada que es *American Beauty* sólo puede provocar la sonrisa consiguiente a la comprobación de que los yanquis saben muy bien lo que permiten hacer: no es para tanto, es para mucho menos, muchísimo menos.

P. de P

2. Etiopía se hunde

SEGÚN todas las fuentes de noticias mediáticas al uso, Etiopía se hunde en un mar de hambre y de sed. Nunca había dejado de hundirse, a tenor de lo que te cuentan hombres y mujeres que tienen noticia directa. Pero los medios de comunicación han esperado a que el hundimiento fuera absoluto, para denunciarlo y ponernos la carne de gallina. Si no hay verdaderas imágenes de muerte, terror y angustia humanas, dicen los clásicos que la noticia carece de garra auténtica: estamos demasiado acostumbrados a ver tamañas barbaridades una vez y otra. Necesitamos más.

Mientras tanto, y para que puedan comprender ustedes la gravedad de la situación pero desde un punto de vista contextualizado, paso a comunicarles una serie de grandes y graves detalles de nuestra realidad más española y mundial. Esa realidad que nos llega al corazón en papel cuché, semana tras semana, y que tanto ayuda a vivirnos desviviéndonos. Un detalle mensual que, seguramente, no se repetirá.

«Aunque pueda parecer increíble, también ella tiene malos momentos», afirma el reportero de la escultural Cindy Crawford, especialista en modelos de pasarela y en vídeos de gimnasia para adelgazar. Y uno permanece como visionario: ¿es posible que la tal Cindy, tan estratégica ella y hasta con unas pesitas en su mano izquierda, tenga «malos momentos», es decir, que sea como los demás mortales? No, será mentira, porque si en Etiopía hay hambre, ¿cómo nos puede fallar la alternativa de Cindy, capaz de evadirnos de todo mal y sensación de mal gusto?

«Después de las hondas emociones que ha vivido estos meses últimos por la complicada separación de su hija Rocío Carrasco y el grave accidente que a punto estuvo de costarle la vida... Rocío Jurado, en busca de calma, ha decidido poner no sólo tierra sino mar medio y se ha ido a América, en donde pretende descansar un par de semanas...». Y es verdad que la mujer lo necesita, ella que tantos desvelos nos ha ido manifestando por esta chica un tanto inestable y trotaconventos, esa Rociíto apenas conocida en España. Para males y dolores, esta mujer que necesita marchar un par de semanas a América para descansar, sin fotógrafos, sin cámaras de televisión, sin entrevistas para el corazón, sin espías hasta en su casa familiar. ¿Etiopía? Hay que ver lo insistentes que somos algunos, siempre con lo mismo: ella es la que importa, vamos.

Y un detalle final. «Sofía Cristo, la hija de Bárbara Rey, ya está haciendo vida normal», se afirma junto a una fotografía de la muchacha, adornada

con un collarín y vestida de colegiala. Es cierto, la muchacha hace vida normal, como todos nosotros, y va por la calle, se sube al coche, entra en su casa, come y duerme, se insiste que como el resto de los españoles, igualito. ¿Cómo podemos aterrarnos con el asunto etíope si Sofia Cristo ya está haciendo vida normal? Hasta ahí podríamos llegar, dice el señor que, sentado en la cafetería, lee la enésima revista «para mujeres».

Etiopía se hunde. Etiopía mucho me temo que siga hundiéndose. El mundo entero debería cambiar, y la misma África con el mundo, para evitar tal desastre que atonta el entendimiento. Pero la verdad, la tristísima verdad es que nuestra gente prefiere estos detalles tan precarios y abnormes como los de Cindy, como los de Rociúto, como los de Sofia Cristo, al detalle de Etiopía, tan agreste él, tan malditamente insultante de las conciencias. Para qué engañarnos.

Es cierto que, a su vez, pueden leerse otras revistas supletorias de la tragedia anunciada: más sesudas, más serias, más de profesionales liberales, pero con idéntica capacidad de alejamiento de la realidad. De éstas, tal vez escribimos otro día... con acento.

P. de P.

3. La medida moral

SEGÚN decían los periódicos de hace poco, desde ahora en adelante las guapas modelos de Beijing deberán cubrir sus piernas a partir de los quince centímetros por encima de la rodilla, mientras que los escotes no podrán superar tampoco esos quince centímetros, midiéndose en este caso desde el cuello hacia abajo.

El Partido Comunista chino libra así su particular batalla contra el des-tape en las pasarelas de moda y en los anuncios publicitarios. Y es que los camaradas chinos, al parecer, están asustadísimos por culpa de una encuesta muestra, hecha a seis mil quinientos jóvenes, en la que más de la mitad de los sondeados considera normal mantener relaciones sexuales antes del matrimonio, y un tercio veía la mar de natural la infidelidad una vez que se pasó por el altar, o por donde sea.

No saben cómo parar la revolución sexual. Para atajar la otra bastaba con sacar los tanques a la calle. Y así la han metido hasta el corvejón, confundiendo el talante con los centímetros y sacando el metro a relucir para salvaguardar la moral. Por no hablar de la intención con que se mira. Que esa es otra. Porque, ya puestos a cuantificar lo que está bien y lo que está mal, habría que fijar también algún tipo de filtro ocular para rebajar algunos grados la tentación. Cosas de chinos.

Pero no sólo de chinos: No están tan lejanos por estas tierras de occidente los tiempos en que la minifalda o la blusa de tirantes llamaban a arre-bato al personal aguafiestas. Historia casi pasada al margen, lo cierto es que para lucir pierna o escote hay que tener buen tipo. Ésa es la ley. Las menos agraciadas suelen ser pudorosísimas. Lo que hace dudar lo suyo sobre la belleza de cierta moral. Cada cosa en su sitio y el metro en el cajón.

L. U.

4. Ochenta años

EL 18 de este mayo preanunciado, Juan Pablo II cumplirá 80 años. El Vaticano arderá en celebraciones y en el mundo entero se sucederán los actos para acompañar al Papa polaco en tan llamativa fecha, a la que sus muchas vicisitudes parecían impedir llegar. Pero el Carlos Wojtyla que apareciera en la balconada de San Pedro hace tantos años, joven y arrasador, sigue en pie y acaba de recorrer Tierra Santa en un gesto de quien alumbra su recta final y desea realizar el sueño eterno de su vida: caminar los caminos que caminó Jesucristo, a quien dedicara su primera carta magna. Y uno queda en silencio ante este hombre que, ya en vida, es persona y personaje, obra y actor, acento tremendo sobre la historia de este salto de siglos. Y desde tal silencio, se le ocurre escribir estas líneas filiales pero también fraternales...

¿Qué dirán dentro de veinte años del actual habitante de San Pedro? ¿Levantará las mismas pasiones que hoy día, o se verá superado en el ambiente eclesial por algún sucesor inesperadamente llamativo? ¿Permanecerá en vigor su visión de la realidad histórica, que tanto ha forzado a cambiar, o los nuevos tiempos impondrán un talante diferente, casi alternativo? ¿Quién recogerá su herencia pontificia con el mismo fulgor que él mismo ha impreso a su obra? El silencio se llena de interrogantes, precisamente porque el tiempo y el espacio humanos son terribles en su aniquilación de los grandes protagonistas históricos, sobre todo ahora, cuando la tecnología convierte en pretérita cualquier realidad de ayer mismo. El queridísimo Juan XXIII se veló en nuestra mirada por la presencia inmensa de Pablo VI, a quien en pocos días pareció haber eliminado Juan Pablo I, pero a su vez todos acabaron en cenizas históricas con el advenimiento de quien ahora nos ocupa. Tiempo y espacio: sepulcros de lo excepcional.

Sin embargo, este hombre que vino del frío con su mirada casi huidiza nos ha enseñado una cosa, ya para ser incrustada en nuestra memoria como don definitivo a la Iglesia católica: que el riesgo personal es la condición necesaria para realizar algo categorial, más allá de veleidades pasajeras. Aunque parezca mentira, Carol/Juan Pablo, tan estricto en las cuestiones «ad intra», nos lega esta «memoria arriesgada» como línea de acción futura. Será cuestión de imitarle.

Persiste el silencio al recordarle bien en amonestación bien en cálida acogida... Y un «cumpleaños feliz», viejo amigo.

D. Hopper

5. Francesc Llorens, electricista

ME permito transcribirles lo que, por casualidad, leí en la revista de la HOAC de abril: «Francesc Llorens, empleado como oficial en una pequeña empresa de instalación y mantenimiento de sistemas eléctricos de Alcoy (Alicante), decidió no hacer horas extras, con la intención de crear un puesto de trabajo más. Lo consiguió. Ahora tiene un nuevo compañero y más tiempo libre».

La verdad es que tal texto me dejó desconcertado por completo y sumido en un cúmulo de interrogantes, porque hacía años, muchos años, que no leía noticia tan excepcional y sucedida en nuestra misma sociedad española. Mientras unos nos movemos como serpientes para conseguir victorias un tanto indeseables, a poco autocríticos que seamos, este caballero se tira al monte por las buenas, deja de ganar una pasta y crea un puesto de trabajo para alguien desconocido. Así de sencillo y así de aterrador. Porque si alguien lo ha hecho, como lo ha hecho, es que cualquier ser humano de nuestro ámbito social puede hacerlo: aquí radica lo espectacular del caso, en que todos podríamos hacerlo y en que nadie tiene excusa si no lo hace. Está claro.

Es cierto que algunos de nosotros, quien escribe y quien lee, seguramente diremos que este buen hombre tiene pocas responsabilidades, que en su caso es muy fácil desprenderse de unas horillas de más, hasta diremos que feliz él que puede llevar a cabo tal sueño solidario (palabra de moda), mientras nosotros no, abrumados por el peso del rol social, económico, político o tal vez religioso. Los pequeños, pensamos, son los mejor acondicionados por la vida para ser pequeños de espíritu, para no ambicionar, para seguir al maestro en su camino de desprendimiento terrenal. Nosotros, los mayores, pues, qué le vamos a hacer si estamos embarcados en la nave espacial de llevar adelante esta sociedad tan compleja y dificultosa. Este señor es admirable, pero mucho más es envidiable. Porque si estuviera en nuestro lugar...

El acento se pone en que gente como Francesc Llorens está poniendo en práctica lo que todos decimos y escribimos y proyectamos, pero que nunca realizamos. Puede que la humanidad nos necesite a nosotros, pero es cierto que esa misma humanidad se sustenta sobre casos como éste, cuando un hombre cedió el paso a otro hombre.

Quede memoria de tan feliz acontecimiento.

D. Hopper

6. Cada uno en su sitio

EN un viaje a la cada vez más bella y potente Valencia, descubro casi por casualidad un libro. Sabía que iba a ser escrito, porque en su momento charlé del mismo con su autor. Sabía que podía convertirse en un texto polémico, porque estaba dedicado nada menos que a un personaje como el ya fallecido Antony de Mello. Lo perdí entre las ocupaciones cotidianas, y ahora me lo encontraba ya editado. Su título es sencillo: *Vivir en plenitud*. Pero el subtítulo es algo más llamativo: *Lo que aprendí con Tony de Mello, ocho rasgos de su pedagogía*. Tiene su acento.

José Vicente Bonet mantuvo por largos años una estrecha relación con el jesuita indio objeto del texto. Tanto que, según confiesa él mismo en la obra, unos días de retiro con el conocido escritor y maestro de espíritu, le ayudaron a girar la vida en el momento clave de su jubilación. Lo conoció hasta el punto de que jamás le magnificó, y siempre habló de él como un hombre extraordinario pero, en definitiva, un hombre con cualidades y defectos. Ahora, hablo de 1999, lanza el texto que vengo citando. Escuetto, claro, perfectamente válido para quien pretenda conocer el camino de la espiritualidad del indio que tanto ha conmovido a nuestra gente religiosa y no religiosa. Cabe preguntarse por qué, al cabo de los años, José Vicente Bonet se ha lanzado a una obra reducida y hasta un tanto mínima, pues podría haber sido mucho más compleja.

La respuesta, que no debe de callarse, es muy sencilla. Corría 1987, hace un tiempo ya, y el también jesuita Carlos González Vallés, también conocedor del maestro indio, escribía *Ligero de equipaje. Tony de Mello, un profeta para nuestro tiempo*. Exaltación intensa e inmensa del amigo y director fallecido, hasta el punto de que llamara la atención en cuantos lugares habían conocido de cerca al protagonista de la obra. Pero al cabo de once años, en 1998, el mismo González Vallés, nos sorprendía con una especie de segunda parte del anterior texto: *Diez años después. Reflexiones sobre Antony de Mello*. Un varapalo no menos intenso e inmenso, como corrigiéndose de cuanto hubiera antes escrito y metiendo a su amigo y director en la papelera de los desechables. Sin más.

José Vicente Bonet, no menos jesuita que los anteriores, sintió la llamada de la sensatez y de una amistad serena. Ha puesto las cosas en su sitio: el hombre con defectos fue un excepcional pedagogo para cuantos persiguen el misterio. Es bueno conocer esta historia porque desvela sutiles pasiones del corazón humano. Lástima que la editorial Manantial, editora del libro de Bonet, apenas sea conocida. Pero, persiganla.

P. de P.